LA VITALIDAD
de la escritura dramática actual

(Nuevas reflexiones sobre el Congreso Internacional "Autor Teatral y Siglo XX")

El Congreso Internacional "Autor Teatral y Siglo XX", celebrado en Madrid en los últimos días de noviembre pasado, tuvo una consecuencia principal y urgente: el arte escénico está vivo. Al menos, ese primer eslabón de la cadena de su creación, el autor, mostró la realidad de un trabajo hecho día a día, y folio a folio; un deseo de supervivencia por encima de todo tipo de dificultad; ganas de dar a conocer sus obras. Por eso, desde sus seis densas jornadas, parece difícil aceptar el dicho de que el teatro, como el rey de Ionesco, se muere.

por César Oliva

Es evidente que los congresos sirven para muchas más cosas que para lo que son organizados. En nuestro caso, y como directo responsable del mismo, no volveré a repetir sus objetivos y logros –publicados ya en diversas revistas especializadas– ni mucho menos haré mención específica de los contenidos, que esperan su organización para aparecer en forma de *Actas*. Sí puedo, en cambio, y creo que en un medio oportuno y adecuado, contemplar, desde la distancia, el resultado de la mezcla de tantos autores de aquí y de allá, de generaciones pretéritas o por venir, de estilos realistas y otros menos. Reunir a todos ellos, dejarlos que se expresen sobre el presente y el futuro de su arte, en mi opinión, fue lo más positivo del citado Congreso.

No entraré, pues, en consideraciones parciales, en las divergencias de los puntos de vista, en las concomitancias; lo haré simplemente en la riqueza global que supone el hecho de que el teatro existe porque existen los autores; de que el teatro es algo vivo –con el mérito añadido de desarrollarse hoy en un medio absolutamente hostil a él– porque hay gentes preocupadas por escribir comedias; de que la tan cacareada crisis del teatro –que no hay por qué ocultar o maquillar– no es exclusiva responsabilidad del dramaturgo. Y no voy a apoyarme en elementos subjetivos tan discutibles como la dinámica surgida de las sesiones, la vitalidad de la mayor parte de las intervenciones, incluso en las esperanzadoras relaciones entre dramaturgias de allí surgidas, o allí concretadas.

Los datos más objetivos vienen, por una parte, de la evidencia de que todos los días se escriben un buen número de obras. De más, incluso. Obras que no se estrenan, que vagabundean por los despachos de directores y productores, que apenas si alcanzan el mínimo premio de la edición. Y esto no sólo sucede en nuestro entorno y en la realidad del Estado español. En todas partes cuecen habas, que decimos, y en todas partes se escriben comedias para los teatros. Cuestión diferente es que lleguen a pisar las tablas o no. Por otra parte, la mayoría de los autores hablaron de futuro, algunos planeando estrategias determinadas; otros, interesándose en experiencias desarrolladas fuera de su entorno, incluso en el llamado tercer mundo. Y si hay futuro es porque hay presente. Aunque no estemos de acuerdo con las habituales formas de producción, aunque el propio autor tenga que asumir tareas de animador de sus creaciones –como tantos casos hay–, aunque sea una realidad el divorcio existente entre quienes preparan la oferta y quienes esperan la demanda. Da igual. Aquí y allá, todos los días, a cada momento, se produce el hecho casi milagroso de que hay un hombre o una mujer concibiendo una ficción para un escenario. Y eso, a finales del siglo xx, con la enorme presión de unos medios



Asistentes a la última sesión del Congreso: José Luis Alonso de Santos, Roma Maieu, Javier Villán, Antonio Malonda, Jerónimo López Mozo, Domingo Miras y Alberto Miralles entre otros.

de comunicación para los que apenas es noticia cuanto pasa en los teatros, con la enorme competencia de las que podríamos denominar artes rentables, con la insistencia de una muerte anunciada que no termina por llegar, es un mérito que quizá no sepamos valorar de manera adecuada.

Es evidente que los tiempos no están para experimentos vacuos. Que el mecenazgo ha quedado centrado en el sector público, con obvios beneficios coyunturales, fuera de los cuales poco tienen que hacer los nuevos autores. Que todo está difícil, sí, pero está. Repasando, como hago en estos momentos, las intervenciones de los participantes, no encuentro, más allá de lo que podríamos denominar como excepción, palabras de desaliento, ganas de arrojar la toalla. Lejos de eso, dramaturgos que apenas si han pisado un escenario en los últimos años, muestran curiosos deseos de seguir y seguir en la batalla de la creación. Es como un aceptar los malos tiempos que corren para la escritura dramática, pero, al tiempo, un querer remediarlo con el propio ejemplo. Que no se diga que "no hay autores", o "no hay obras", como se lee o se oye, sino "no queremos hacer estas obras nuevas de autores más o menos nuevos". No queremos riesgos, en una palabra, cosa que sucede en (casi) todos los sitios.

Tampoco el Congreso ignoró la evidencia del cambio de público experimentado en las dos últimas décadas. Quizá de tal circunstancia haya surgido cierta falta de acomodo a los nuevos tiempos. Pero diferentes ejemplos invitan a pensar en que:

a) el viejo público volverá si se le da teatro de temática y factura razonablemente buena e interesante –casos actuales hay que lo demuestran–.

b) ningún dramaturgo hay que rechace la idea de buscar y, en su caso, crear, nuevos espectadores para un nuevo teatro.

En estos últimos tiempos, precisamente, es cuando se ha producido un considerable descenso en la estimación social del teatro. Fenómeno que se relaciona de manera evidente con la disminución del número de espectadores. Ambos casos se insertan, y no es ninguna casualidad, en la realidad de vivir una época en la que se ha producido una notable rebaja en la dimensión crítica del teatro. Ni siquiera en medios comprometidos políticamente se aceptan con normalidad obras que señalan determinadas lacras de la contemporaneidad. El éxito de los clásicos no deja de ser un signo evidente de la ponderación de realidades escénicas lejanas, sobre todo si aquéllos se presentan como simples hechos del pasado. El hoy parece reservado a la broma, al chiste fácil y a la vuelta a la astracanada. Claro que cosas pasan –dicen los periódicos– cuya realidad supera cualquier ficción. Pero no es para tanto. El teatro siempre ha provocado: a los religiosos espectadores de Eurípides, a los doctos académicos del Renacimiento, a la corte molieresca… a los modernos sistemas represivos. Hoy día, con la llegada de la libertad, da la impresión de que la escena no necesite de la crítica. De esa manera, queda huérfana de su elemento consustancial. Pero, no nos engañemos, no es la libertad quien produce ese efecto, sino conceptos tales como sociedad del bienestar y similares. Una sociedad, parece decirnos, que no necesita crítica, pues todo marcha bien.

Los dramaturgos se interrogaron en el Congreso sobre su papel al respecto, y bueno es reconocer cierto grado de compromiso general que, si bien no es del todo político, que al menos sea estético. La nadería o la estulticia no conducen a otro camino que al de una estúpida neutralidad. Y, al menos en eso, parece que en el Congreso sobrevoló la necesidad de recuperar un cierto compromiso del autor con la sociedad, bastante distinto al vivido en la historia reciente, pero compromiso al fin. Todo, menos permanecer de brazos cruzados, dejando que el ejemplo de los productos ínfimos que pueblan las pequeñas y grandes pantallas contaminen más de lo que lo hacen a nuestros escenarios. ■



***La aportación de la escena española al siglo XX*, mesa compuesta por: Manuel Lourenzo, Antonio Onetti, José María Rodríguez Méndez, Jerónimo López Mozo, Manuel Martínez Mediero, José Sanchís Sinisterra, Yolanda Pallín y el brazo de Sergi Belbel.**

Aquí y allá, todos los días, a cada momento, se produce el hecho casi milagroso de que hay un hombre o una mujer concibiendo una ficción para un escenario.